
CAPITULO XLVI.

OJEADA GENERAL SOBRE LAS ESCUELAS REPUBLICANAS EN FRANCIA.

Hemos visto el movimiento religioso en Alemania, y ahora nos toca ver el movimiento político en Francia. Allí hemos seguido la corriente de las ideas, y aquí debemos seguir la corriente de los hechos. Alemania se pierde en el pensamiento; Francia, al menor impulso de su conciencia, en la acción. Alemania es una escuela; Francia un campo de batalla. Parece Alemania la nación de las revoluciones en las ideas; parece Francia la nación de las revoluciones en los hechos.

No se comprende el movimiento político alemán sin comprender el movimiento religioso y filosófico; y tampoco se comprende el movimiento político francés sin comprender, sin estudiar el movimiento revolucionario. Hay que subir al siglo décimo-octavo. Hay que mirar cómo estalló allí la conciencia del pueblo en una revolución sin ejemplo. Hay que ver cómo los partidos se formaron y se combinaron á la alta temperatura de aquella extraordinaria revolución. Hay que seguirlos á través del tiempo y del espacio. Si no subís hasta allí, os parecerá la actual política fran-

cesa sin ningún sentido, y los actuales bandos sin ninguna enseña. Muchos se extrañan hoy de la importancia dada al asunto de la bandera blanca y la bandera tricolor. Pues esas banderas representan dos mundos: Son, como la cruz, símbolo de la religión del espíritu; y el tirso, símbolo de la religión de la naturaleza. La una, la bandera blanca, es la enseña del privilegio; y la otra, la bandera tricolor, es la enseña del derecho. La una es la Monarquía y la Iglesia; la otra es la revolución y la República.

Todo está allí; todo está en la revolución: partidos, escuelas, ideas, banderas, movimiento filosófico, movimiento político. Así, tended los ojos por los diversos partidos hoy existentes, y os parecerá el caos. Muchas y muy diversas escuelas republicanas hay en Francia. Ya hemos hablado de la escuela positivista, poniéndola en verdad la primera, porque parece determinar la metafísica de la parte más avanzada del partido republicano. Pues hablemos de una manera general de las principales escuelas y de sus hombres prin-

cipales, para subir á la revolucion francesa á impulso de todo el movimiento, al océano de todas las ideas.

Ya he hablado de la escuela positivista y de su jefe.

Litré está unido á la escuela positivista, aunque no haya acompañado al fundador en todas las fases de su espíritu y en todo el desarrollo de su doctrina. Otras escuelas hay dentro de la democracia republicana que á otras inspiraciones científicas responden. Desde luego, Hegel ha ejercido en Francia el soberano influjo digno de su génio sintético. Repitiendo como en copia las ideas del maestro, es difícil deducir de ellas una teoría republicana. A su trilogía fundamental, á su procedimiento dialéctico de tésis, anti-tésis y síntesis, cuadra mucho mejor el sistema monárquico-constitucional que el puro sistema republicano. Luego la concepcion del Estado en Hegel es invasora de los derechos fundamentales humanos. Aunque reconozca las personalidades y sus leyes, en cuyo reconocimiento está implícito el reconocimiento del derecho, la sustancia moral se desarrolla para Hegel, primero, como espíritu inmediato ó natural en la familia; despues, como totalidad relativa de relaciones recíprocas de individuos por medio de una generalidad mayor en la sociedad civil, y por último, como sustancia que tiene de sí conciencia, como espíritu desenvuelto por medio de una realidad orgánica en el Estado. El Estado es la síntesis de la familia y de la sociedad civil; la sustancia moral de los individuos, meros accidentes. En una doctrina así, difícilmente puede inspirarse un sistema republicano, aunque tienda la filosofía entera de Hegel, sobre todo, en sus determinaciones históricas, á la República, organismo necesario del derecho. Vacherot, discípulo de Hegel, concluye en su obra de *La democracia* por proclamar la República como la única forma de gobierno adecuada á la democracia, y por exigir para la República la centralizacion. Y yo digo que una Repúbli-

ca centralizada, en que la administracion de la capital y la direccion del gobierno se exageren y se extremen, caerá en manos de una oligarquía de burócratas.

Patricio Larroque es un filósofo eminente, que ha combatido en nombre de la libertad y con severa dialéctica las supersticiones de una falsa educacion religiosa, las cuales inhabilitan á los pueblos latinos para la comprension y el ejercicio del derecho. Profundamente espiritualista, despues de haber demostrado cuán poco gana la ley moral, fundándose en principios inadmisibles á la razon, ha buscado á Dios en la conciencia y en el espacio, su ley providencial en el universo y en la historia, y habiendo visto estas sublimes ideas, como espirituales soles que se levantan sobre los soles del Cosmos, ha predicado una religion teista, un puro código moral nacido de la conciencia, y sancionado por una vida futura, en la cual concluye el espíritu, despues de progresiva ascension, por ver y alcanzar el absoluto bien. Este sábio pertenecia en 1848 al número de aquellos que veian la República, que la deseaban; pero que no veian republicanos, y por lo mismo aplazaban la nueva forma de gobierno para cuando los republicanos estuvieran educados y apercebidos á recibirla, como si esta educacion fuera posible en el seno de las monarquías, por propio interés empeñadas en oprimir y embrutecer á los pueblos. Larroque hoy ha convenido en la necesidad de establecer, de organizar la República, y ha escrito un libro consagrado á este objeto. Pero su libro se ocupa más del poder que del derecho; más de organizar minuciosamente la República que de animarla con las nuevas ideas. Propone en este libro la supresion de la presidencia, aleccionado por el recuerdo del dos de Diciembre; y propone tambien excesivos poderes para una Asamblea, en lo cual yerria, porque tarde ó temprano tenderá toda Asamblea poderosa á la dictadura parlamentaria.

Escritor incomparable, artista eminentísimo, de una elocuencia cuyos tonos son múltiples, de una riqueza de ideas, y sobre todo de pasiones, que dá á sus escritos el interés y el movimiento de la tragedia griega. Michelet, historiador antes que todo, ha entrado en los antiguos tiempos con los ódios de los oprimidos, con sus dolores en el alma, con sus heridas en el cuerpo, como si padeciera su espíritu en todos cuantos han padecido bajo las cadenas y pelearan sus fuerzas en todos cuantos han peleado por la redencion humana, constituyéndose así en el perseguidor, en el juez y hasta en el verdugo de los tiranos, arrojados por su cólera despues de haberlos moralmente destrozado y escupido con ira inextinguible, al eterno odio de todas las generaciones, al tormento eterno de toda la historia. Este grande historiador que así ha peleado en la sucesion de los siglos con todos los tiranos, divide el mundo moderno en dos eras, la era anterior y la era posterior á la revolucion francesa. Para él, la era anterior á la revolucion es la era de la gracia en que un Dios, crecido entre los falsos espejismos de la Edad Media, distribuye arbitrariamente sus favores; mientras la era posterior á la revolucion es la era de la justicia, en que, purificada la idea de Dios, y con la idea de Dios la razon humana, distribuye ésta, encarnada en la sociedad, entre todos los hombres, la comunión del derecho. En una de sus fórmulas dice: sacerdote, quiere decir Monarquía; maestro, quiere decir República.

Elocuentísimo tambien y tambien iluminado por grandes ideas; ménos enérgico, pero más tierno que Michelet; místico en el fondo de su alma; sacerdote de la idea de Dios ante la cual ha ofrecido como si fueran aladas oraciones todos sus pensamientos, viendo el espacio como templo y la conciencia como santuario del Creador, Quinet ha pensado que la República no se estableció fuertemente en Francia á causa de faltarle bases morales se-

mejantes á las bases de la República en América; y ha pensado tambien que estas bases debian hallarse en una nueva religion promulgada, difundida por el Estado revolucionario. Grande y trascendental error. Nunca los Estados produjeron las religiones. Movimientos espontáneos del espíritu, las religiones nacen de la conciencia, se divulgan por la predicacion, se purifican en las contradicciones, se arraigan fuertemente en el voluntario asentimiento de los espíritus exaltados por las ideas. Así como el Estado no puede destruir; el Estado no puede crear una religion. Moisés y no Faraon creó la religion del Padre; Cristo y no Tiberio la religion del Hijo; Lutero y no Carlos V la religion del Espíritu. Al contrario, las religiones han nacido en oposicion abierta con el Estado. Á sus cimas no han podido llegar sino despues de haber brotado y crecido la conciencia. Triste es que los pueblos latinos vean su libertad unida con una Iglesia autoritaria y gerárquica; pero es imposible sustituir esta Iglesia con otra que sólo tenga en su apoyo la sancion del Estado. Para levantar y regenerar moralmente al mundo, es necesario iluminarlo, enrojecerlo en los resplandores de ideas que salgan con espontaneidad de las conciencias, y con la fuerza moral se apoderen de las conciencias. En una doctrina moral, moralmente fundada, podeis establecer con solidez la República.

Renovaba América el planeta al tiempo mismo que se regeneraba el espíritu. Sin timbres de antigüedad, ni prestigio de tradiciones históricas; lejos de todo privilegio aristocrático, de toda gerarquía eclesiástica, de toda autoridad monárquica; cual si hijos de la naturaleza atendieran sólo á enlazar la sociedad con la razon pura, fundaron los descendientes de los puritanos un régimen liberal y popular; donde el derecho se elevó sobre todas las ideas, sobre todas las instituciones, sobre todas las leyes; y la autoridad social se distribuyó como el calor de la vida entre todos los ciudadanos; y el sufragio uni-

versal, inspirado en las libertades intelectuales, mostró en la soberanía popular una verdad práctica; y el hombre fué íntegramente dueño de todas sus facultades; y la familia soberana en hogar sacratísimo cual cerrado santuario; y el municipio autónomo como gérmen del Estado; y los Estados soberanos, independientes en su esfera, unidos por gravitaciones naturales á la nacionalidad fuerte, poderosa; y la justicia, administrada por todos y para todos en el tribunal del Jurado; y la Iglesia, independiente de los poderes públicos, cual la conciencia de la fuerza coercitiva, armonizando en estas sábias combinaciones de la libertad con la igualdad, los antagonismos que parecían eternos, la estabilidad con el progreso, el orden con la libertad, la democracia pura con la obediencia á la ley completa, la autonomía más lata de las diversas entidades sociales con la nacionalidad más poderosa, el patriotismo más ardiente con el cosmopolitismo más humanitario, la independencia indómita del individuo con el respeto religioso á la autoridad; como si hubiera querido con este ensayo de las ideas progresivas demostrar á todos los reaccionarios al progreso humano, que los sofismas se disipan como las tinieblas del error, á la purísima luz de la razón independiente y libre, revelada sin sombras ni limitaciones en el seno de la pura naturaleza.

Este ideal tuvo apóstoles y apóstoles ardentísimos en Francia. Un escritor de origen aristocrático divulgó las excelencias de la democracia triunfante. Sóbrio de estilo, rico de ideas, reveló Tocqueville las maravillosas calidades de este gobierno del pueblo por el pueblo. Un Estado democrático, compuesto de innumerables muchedumbres, por ser un Estado ordenadísimo. El municipio sirve de escuela á todos los ciudadanos; la justicia de freno á todos los poderes. Las leyes son más fuertes que la naturaleza misma para crear y sostener esta grande y liberal democracia. Las ideas generales, que parecían patrimonio

de la raza latina, entran en el seno de la raza sajona por virtud de la universal educación de la República. El gusto á las ciencias y á las artes pasa á ser facultad también de las muchedumbres. El individualismo exagerado, que pudiera degenerar en egoísta, desaparece bajo el poder de las instituciones libres. Toda profesión honrada es en la tierra de la libertad profesión honrosa. Las costumbres se dulcifican en la igualdad. Las relaciones de amos y criados se intiman, porque ambos participan de la misma dignidad de ciudadanos. Los salarios se aumentan en la asociación. La igualdad de condiciones dá severidad á las costumbres. El Nuevo Mundo parece destinado á demostrar al Viejo que no hay ningún peligro en el cumplimiento de los dos términos necesarios al derecho, en el cumplimiento de la libertad y la igualdad.

Estas ideas descienden durante el Imperio al pueblo en libro tan leído, tan admirado, tan propio para llegar á todas las clases, para conmover todas las gentes, como el libro de Laboulaye: *París en América*. La escuela práctica de las libertades naturales, allí está en toda su pureza y en toda su verdad. El propietario vé que la República le asegura su renta; el trabajador que le asegura su trabajo; el sacerdote que le respeta su conciencia y la santa libertad de su palabra; la madre que le educa los hijos severamente en magníficas escuelas; los ciudadanos todos, que los llama á la vida pública según su vocación; que los arma con el derecho; que les abre todas las magistraturas; que les inspira con la conciencia plena y luminosa de su ser el sentimiento austero de la propia responsabilidad. Por lo ameno del estilo, por lo movido de la narración, por lo creciente del interés, la obra de Laboulaye es la enseñanza viva dada á todo un pueblo en el arte difícil y necesario de gobernarse á sí mismo.

A este libro han seguido libros de viajes, en los cuales resultaban demostradas prácticamente las excelencias todas de la democra-

cia americana. Grandes servicios prestaron á la civilización, á la libertad, los mantenedores de esta escuela de federación y de República. Ha sido América para el pueblo, en su concepción del régimen democrático, lo que fué Inglaterra para las clases medias en la fundación del régimen constitucional. Pero los apóstoles de la escuela americana en Francia, sus dos ilustres jefes sobre todo, Tocqueville y Laboulaye, han tenido la contra de no amar en la realidad, con amor fecundo y prolífico, un ideal que tanto han amado en la ciencia con amor puro y platónico. Tocqueville perteneció en 1848 á la comisión constitucional. ¿En qué se conocieron sus profundos estudios de la Constitución americana? Laboulaye pertenece hoy á la Asamblea francesa. ¿En qué se conoce su adhesión al ideal americano?

Cabe excusarse con el carácter unitario de Francia. Yo no pienso ni he pensado nunca en negarlo. Pero los que prefieren al ideal francés el ideal americano, dicen, también tiene Francia tradiciones federales. Federales fueron las antiguas Galias como la antigua Germania; federal todo el movimiento de las comunidades que engendró el Estado llano; federal aquel sublime comienzo de la época revolucionaria en que pedía cada región reformas inspiradas por sus ideas y sus necesidades; federal aquella cohorte de grandes oradores, de grandes tribunos, que traían la miel de la elocuencia ática en los labios y el recuerdo de la liga anfictiónica en la memoria; muertos casi todos en el cadalso á la primavera de la vida, á la florescencia del alma, por haber combatido la dictadura gigantesca, que, absorbiendo el derecho municipal y provincial en fortísimo invasor Estado, había de traer por fuerza el cesarismo, imposible en las federaciones. La revolución francesa fuera menos poderosa, menos titánica, pero más feliz, más duradera, de haber sido federal. Pequeñas Repúblicas en grande nación; hé ahí la fórmula salvadora. Los reyes de Euro-

pa, coligados; sus ejércitos en armas, imposibilitaron de todo punto la federación. Los federales, reos de desmembración de la patria, murieron en la guillotina después de haber dejado resplandores de la más alta elocuencia en la tribuna, y de haber departido en las agapas de la última cena fraternal sobre la inmortalidad del alma con aquel mismo lenguaje, puesto por Platón el divino en labios de Sócrates moribundo. Pero en circunstancias normales, dicen los defensores del régimen americano, cuando no apremia la guerra, cuando no se impone la dictadura, es la federación el régimen propio de las democracias. Proudhon, que resueltamente abogó por la idea federal en los últimos escritos de su laboriosa vida, creía tener á la sazón verdadero presentimiento de la suerte que había de tocar á las democracias. Singular destino de este hombre, reivindicó el título de socialista, y disuelve las escuelas sociales, y tritura los Estados fuertes, y deja como rastro de luz en toda su obra dos afirmaciones supremas: el dogma filosófico de la libertad moral y el dogma político de la federación republicana. Quince Constituciones ha tenido Francia desde que ha entrado en el régimen democrático; se acerca á la décima-sexta, y apenas ha comprendido todavía en dónde está el secreto de la rápida descomposición de todas ellas; en el exceso de autoridad y de poder central, no hay medio de que la democracia obtenga y guarde el poder; de que la autoridad y la libertad se resuelvan desde su oposición presente en síntesis armónica; de que las entidades fundamentales de la sociedad, sin perder su autonomía se asocien; no hay medio de resolver todos estos problemas, de realizar todos estos progresos, sino en la federación y por la federación. La escuela federal en Francia comenzaba á formarse. Chaudey, asesinado en los días postreros de la última revolución parisiense, defendía con verdadero entusiasmo la República federal. Barni, grande propagador de las ideas filosóficas modernas,